

LEON BODEVIN

MURRAY STATE UNIVERSITY

INCOMPLETA HERMOSURA:

UNA LECTURA EXISTENCIAL

PONENCIA PREPARADA PARA
PRESENTACIÓN EN EL PRIMER ENCUENTRO
DE LASA SOBRE ESTUDIOS ECUATORIANOS

18-20 de julio de 2002 Quito, Ecuador

*Incompleta hermosura de Eliécer Cárdenas:
una lectura existencial*

Entre los conceptos que llaman insistentemente la atención al lector en la obra *Incompleta hermosura* del escritor ecuatoriano Eliécer Cárdenas, resalta la interpretación que se le pueda asignar a la idea de éxito o fracaso. Comúnmente la posesión de algunas aplicaciones tecnológicas como la calidad o modelo de un carro, o la apariencia de nuestro hogar, prueban un nivel económico, lo que rápidamente se transforma en un barómetro del éxito o fracaso del poseedor o usuario. Esto nos lleva a preguntar qué significan, y cuáles son las cualidades que debe poseer el sujeto al cual se le atribuyen. Pero ante la evidencia de su propia finitud, que tarde o temprano el hombre tiene que enfrentar, estos conceptos parecen palidecer, o cambiar violentamente de colorido, asumiendo tanto la ambigüedad, como el vacío.

En una narrativa rica en su variedad de significados, Eliécer Cárdenas nos presenta el esbozo de una vida contextualizada en un mundo pertrechado de letreros que apuntan hacia la muerte. La movilidad que muestra la vida de Carlos Estévez está impregnada de este universo, a pesar de la diferencia de matices con las notas provenientes de su juventud. En una de las primeras alusiones a Miguel Alcántara, el narrador establece la restricción que sometió la vida de Carlos Estévez, el protagonista, y marca el cambio que acusa la relación de ambos. Este vuelco se torna en una síntesis de los altibajos de la interacción de Carlos con su medio: “un nuevo atraso en la oficina no se lo iba a perdonar Miguel, su antiguo condiscípulo, su actual jefe”. (12) Aquí vemos que la narrativa establece dos circunstancias fundadas en diferentes realidades temporales. En la más temprana de las cuales los personajes parecen tener vidas paralelas que se desenvuelven dentro de un mismo grupo social, y de las cuales se puede asumir una similitud de circunstancias. Luego, en la segunda etapa, el texto implica que este orden se ha trastocado, y que un nuevo sistema jerárquico media entre ellos. La

nueva relación parece tener una carga de tensión, circunstancia a la cual la cita siguiente añade información: “no podía evitar un asomo de odio cuando recordaba a Miguel. El arquitecto Miguel Alcántara, poseedor de un espacioso estudio donde él era uno de los siete dibujantes que Miguel utilizaba para apresurar los muchísimos proyectos que caían en sus manos, tanto que le era preciso rechazar los menos importantes y costosos” (17).

La espaciosa oficina de Miguel, materializa una oposición con la circunstancia socio-económica de Carlos que el lector conoce de las primeras líneas del texto, y el asomo de odio que modifica su sentir, puede sugerir el efecto de una manipulación por parte de Miguel, la que pudo haber traído una mengua en la calidad de la relación, o aportado algún infortunio en su vida; o sencilla y llanamente, este sentir de Carlos puede ser el producto de un sentimiento de envidia que fue adquiriendo proporciones a medida que la diferencia se acrecentaba entre ambos. Es posible que un elemento ajeno a su propia voluntad haya impedido la continuación del estado de cosas inicial, el que luego orientó su destino en una dirección que él particularmente no buscaba “Que él pudo ser como Miguel, pensó rencoroso. (17). El aspecto involuntario del cambio está subrayado por la manifestación del rencor, lo que agrega inestabilidad a la posibilidad que éste fuera voluntario, pero no borra la posibilidad que Miguel haya sido el gestor del sentido que su vida adquirió, dado que el rencor lo asigna como su objeto. El contenido de la cita tampoco elimina la posibilidad que fuera su propia capacidad creativa, o intelectual la que se sintió amenazada por el talento de Miguel desde su tiempo en la facultad, pero: “No pudo ser como Miguel, rectificó: pudo ser un arquitecto mucho mejor. Si fue durante tres cursos, el alumno más competente de la facultad, y hasta ahora sus antiguos maestros no salían del asombro cuando al encontrarse con él le recordaban aquel proyecto de

maternidad que realizó ..., o las teorías sobre el Bauhaus que exponía en las clases y que avergonzaban a algún catedrático porque aquel alumno siempre parecía saber muchísimo más que sus maestros”. (18)

Aparentemente, tanto su capacidad intelectual como su creatividad sobrepasaron las de Miguel, además de manifestarse ambas por encima de una generación de estudiantes de arquitectura, lo que insinúa una mejor captación de las materias que componían sus clases; la posesión de una imaginación estructurante capaz de asignar un elemento de calidad a sus proyectos en una disciplina altamente creativa, y el privilegio de tener una aptitud para exponer lo concebido con una nota de efectividad y eficiencia;

La articulación de su opinión sobre el Bauhaus, y en particular acerca de Niemayer lo muestran como un estudiante informado de lo que acontece en su campo. Hasta aquí la posición de Carlos parece poseer y mantener un proceso de reafirmación activa y consistente por un espacio de tres años, durante el cual, la motivación afinó su perspectiva y encendió su creatividad. Esta reafirmación aparece como básica y necesaria para mantener una posición dentro de un medio en el cual la competencia suele ser la norma. Es decir que Carlos en esta etapa de su vida se muestra como parte activa, diligente y afanosa de la sociedad. Parece buscar la singularidad dentro de la apariencia de masa impersonal que ésta puede asumir. Pero lo que sucedió a continuación inició un cambio, y desvió su trayectoria: “Se casaron por lo civil y Miguel comenzaba a ganarle en el diseño de proyectos, en el cálculo infinitesimal, y emitía sus teorías sobre el Bauhaus y Niemayer en clase con la misma seguridad que él antes lo había hecho ...” (18) El texto añade que vinieron los niños, su esposa tuvo que abandonar la facultad, y él tuvo que trabajar para proveer. De hecho, él abandonó la facultad justo cuando

el resto de su clase preparaba su tesis para obtener la graduación, y Miguel se graduó, pero Carlos no asistió a la fiesta: se avergonzaba de sí mismo; al cabo de algunos años él se encontró con Miguel, y éste le preguntó: “qué te pasó hermano, pero como siempre, Carlos no tuvo respuesta, porque cosas como el fracaso, el desánimo y la vocación para la mediocridad carecen simplemente de explicaciones. Entonces Miguel le ofreció un trabajo como dibujante en su estudio de arquitecto”.

En esta segunda etapa, en este período de la vida en que cuarenton, enfrenta la madurez de su vida, lo vemos frustrado, pobre, marginado, aunque a veces rencoroso con su propia mediocridad e inacción, o resentido del éxito ajeno, pero en su mayor parte, ajustado, habituado, disfrutando de su anonimato, y reafirmado en su posición, y a la vez, legitimizado en su nueva identidad y frustración por el rencor. Si la circunstancia de Carlos, si su descenso al anonimato y a la inacción fue una decisión de su parte, destinada a desaparecerse del medio profesional, y a evitar encuentros que conllevaran la responsabilidad de tener que justificar su estilo de vida, podríamos decir que Carlos eligió su vía o camino libremente, y que por propia elección se dirigió a lo que la sociedad llama el fracaso. Esto lo convierte en un fracasado por propia elección, como el producto de una decisión personal e íntima. Se puede incluso ir un poco más lejos, y llamarlo un genuino fracasado, a pesar de su éxito en obtener el fracaso. Pero la opinión de Miguel parece diferir con esta asersion. El texto nos dice que al principio este aun conservaba restos de fe en el, y no aquel fracaso que era; de tal manera un día le increpo: “no creas que fracasar es tan facil. Debes ganarte el fracaso, y agregó que en adelante cuidaría que cumpliera como era debido su derrota, añadiendo “esta no es ninguna broma, hermano, eres un falso fracasado, es decir lo peor. Guardas tu talento para algo sublime.

Hipócrita... El fracaso de alguien que se admira duele más que el propio, le confió lleno de rencor.” (26) Asumimos que Miguel lo conoce, y que basado en esta información él deriva su opinión, de lo que podríamos deducir que para Miguel el verdadero fracasado sería aquel que intenta pero fracasa. O bien puede ser que su espectación haya sido que Carlos despertara de su sueño, reaccionara a su inacción, volviera a tomar la ruta del éxito, aprehendiera su dinámica, y se encauzara en su búsqueda: pero ninguna de estas posibilidades se llegó a dar. Carlos parece determinado a seguir la ruta elegida, y como reacción a las remarcas de Miguel, en un monólogo expresa: “Lo que sucede es que nunca comprenderás lo estupendo de mi fracaso” (27), implicando que extrae un componente de satisfacción de su inmersión en el anonimato. Un posible deleite al experimentar la disolución de su yo, lo que materialmente viene a significar un esfuerzo por desaparecer. Así la noción del fracaso como una decisión propia, una espontánea autoimposición, queda parcialmente justificada. Ahora, si de tal manera, Carlos es un paradigma del fracaso, ¿es acaso Miguel la personificación del éxito? Esta percepción de la circunstancia de Miguel estaría basada en su logro profesional y económico, pero ¿representa esto realmente el éxito? Aparentemente personifica la percepción del éxito de acuerdo a su cultura. Un sólido establecimiento profesional, una holgura económica. Una posición de activa participación dentro del contexto de su actividad le designa como un participante activo de los afanes de su grupo social. Tal vez un líder. ¿Cómo ha logrado esta posición Miguel? Sin duda su fuente elemental la constituyó una identificación con su cultura. Su vida parece estar centrada en su actividad cumpliendo con las normas manifiestas del medio, y el compartir de arrogaciones que puedan conllevar su visión del mundo. La dinámica que mueve su acción marcha a un ritmo con el patrón de acción aprobado

y esperado por la norma. Esta posición le permite no tan sólo participar, sino también, podemos asumir, le capacita a echar mano al recurso político para modificar los criterios que se opongan a sus planes y propósitos. De tal manera, el hecho de actuar dentro de la norma, le facilita la posibilidad de influir y mediar en eventos y decisiones de trascendencia. Podemos añadir que a través de su complejo de relaciones y posibilidades, la sociedad, a su vez, trata de justificar su existencia, a la vez de encontrar su estrategia de contención más básica. Su propia autodefensa: sanciona o desautoriza, y condena aquello que pueda tornarse en su contra, lo que pueda menoscabar la mantención de su bienestar y desarrollo, u opacar la vigencia de sus valores. Puede marginar y aniquilar a la individualidad que se mueve a través de pautas, tonos y ritmos que desentonen con la unidad que impone a sus miembros. Establecido su orden, impone la impersonalidad de su carácter, y la requerida uniformidad de conducta de sus miembros. El anonimato de la masa. Aquí el individuo tiene la opción de refugiarse de sus conflictos existenciales y metafísicos.

En Heidegger el estado de impersonalidad como ser caído en que se encuentra el hombre desde el comienzo, en general, contiene los mismos caracteres de mediocridad y nivelación de la muchedumbre de Kierkegaard. En la vida cotidiana, donde los actos humanos se acercan a lo impersonal, el hombre carece de la posibilidad de actuar o decidir en forma individual o singular, porque es la sociedad la que decide a través del individuo. De acuerdo con Bobbio, de su obra *El existencialismo* “Echado en el mundo como un ser que va hacia la nada, se abandona de buen grado a la dispersión en la impersonalidad mediocre y niveladora para escapar a la angustia frente a la nada que el experimenta cada vez que se encuentra frente a si

mismo. (77). Podría agregar que se escuda de la evidencia de su propia muerte en la acción del trabajo.

En este entendido podríamos decir que Miguel refugia sus propias inseguridades y entierra sus dudas enfrascado en su trabajo para escapar de sí mismo. Su acción y dinamismo no pasan más allá de ser una expresión de su cultura, los que si no fueran tal, no se podrían materializar; la sociedad no les daría su visto bueno, y carecerían de la vigencia que les asigna el éxito. No son más que una ilusión que subraya un sentir que proviene de la sociedad misma.

Por su parte, la vida de Carlos refleja una consonancia con su propia interioridad, de acuerdo con su percepción del anonimato: “tumbado bocarriba en la cama, encendió un cigarrillo. Que la soledad era pueril, pensó, como jugar al escondite sabiendo que nadie va a buscarle a uno. Luego se desvestiría y esperaría a dormirse, y luego amanecería, y luego marcharía a la oficina, y luego ...sintió un sobrecogimiento: ¿terminaría así? ¿Cuántos años de rutina le faltaban?” (31). Carlos encuentra el anonimato aparentemente sin problemas, y con él la vida parece conferirle la inercia, una materialización de la nada, una negación de la vida. ¿Acaso existencia no es conciencia aparejada con un deseo de vivir? El propósito de vivir como predicamento de una conciencia que se reafirma en cada momento de la vida: José Ortega expresa: “A la piedra le es dada su existencia, no necesita luchar para ser lo que es, una piedra en el suelo. El hombre tiene que ser el mismo a pesar de circunstancias desfavorables: lo que significa que tiene que construir su propia existencia a cada momento. El recibe la posibilidad abstracta de existir, pero no la realidad. Esta él la tiene que conquistar hora tras hora. El hombre tiene que ganarse la vida no sólo en el sentido económico, sino también en el metafísico. (Kaufman-154)

En relativa posesión del vacío que su marginalización le otorga, Carlos deambula sin mayor propósito. Así converge en la calle con la presencia de una muchacha: “la chica caminaba como un cangrejo herido: apoyada en un bastoncito de metal cromado, doblaba las delgadísimas piernas embutidas en un pantalón beige demasiado amplio para compensar su delgadez; era como si cada una de sus extremidades pretendiera avanzar en direcciones contrapuestas.” (15) La atención de Carlos se concentró en las facciones de la muchacha determinando que nunca había visto un rostro tan hermoso. Consecuente con su propia dinámica, sigue a la muchacha y a sus acompañantes para descubrir que se dirigen a un “Centro de parálisis Cerebral”. Pronto inicia una serie de indagaciones acerca de la chica, las que complementa con lecturas especializadas en afecciones cerebrales y disfunciones motoras, males en los cuales la mente pierde progresiva y sus facultades. Dolencias que en sí parecen concentrar la esencia de un desliz hacia la nada, hacia la disolución, una magnificación de la finitud de la vida. Marcia es un mensaje de la muerte. Su paso lleva la impresión de su idiosincrasia. Su deficiencia física causa un vuelco en la rutina de Carlos, y su rostro aparece repentinamente como una esperanza. Este, en su credulidad establece una identidad, y en su plan para abordarla presentándose a su familia como terapeuta, encontramos una acertada descripción de lo oblicuo de su condición.

En su elaboración sobre el engaño que Sartre incluye en *El Ser y la Nada*, define y confirma que éste tiene que estar contextualizado en la acción y la conciencia de dos individuos, uno, el sujeto que engaña, y el otro el individuo engañado. Por otra parte el sujeto que engaña tiene que estar en posesión de la verdad total. Si lo que él afirma es parte de un error del cual él es a su vez víctima, el individuo no miente; miente cuando altera u omite una verdad que es poco

placentera, o incurre en la misma infracción al momento que presenta algo placentero pero falso como verdad.

Carlos no incurre en el engaño con el objeto de devengar un beneficio económico. De hecho, no cobra por sus engañosos servicios profesionales. Incurre en la esencia del engaño. En el engaño como motivación íntima, como una falaz intención de autorrealización que trasciende como una decepción, una burla. Un abuso que autoriza, o facilita la propia falta de medios u opciones de los dolientes, o familiares de la chica enferma. Sartre asegura que hay evidencia de una constante de confusión en cada caso de auto negación. En este contexto, Carlos manifiesta una credulidad en la posibilidad de reestablecer contacto con ‘el otro’ ya perdido hace mucho tiempo. Y aquí, la hermosura de la muchacha parece dar forma a esta ilusión: nace un deseo de lo que Jaspers llamaría “elevarse a la existencia”, encontrar al otro similar a sí mismo, y reestablecer una comunicación existencial. Proyectarse y trascender hacia una existencia igual o similar a la suya, lograr una integración recíproca, y obtener un esclarecimiento existencial. “Extrañamente, pensar en aquella chica le otorgaba una sensación de fuerza, de vigor, como si sólo comparándose con aquella hermosura incompleta, desvalida, pudiera sentirse mejor de lo que era” (33). Por su parte, la desentonación con la vida que representa la parálisis de la chica, le ofrece una identidad en su categoría de mutilación, de defectuoso, de incompleto. Lo que a su vez le señala una remota posibilidad de reconexión con un otro que guarda características existenciales paralelas. Esta ruta se convierte en una intuición de la asequibilidad de una vía, la evidencia de un mensaje del inconciente que ahora repentinamente su conciencia deteriorada ve como un paso, como una apertura en la muralla que él mismo había materializado. Se apresura a dar el paso decisivo para establecer el contacto, para

abrazar ese cúmulo de posibilidades que nuevamente la vida le otorgaba, y de tal manera volver a participar de la acción del mundo y vivir, y también asir la visión con que el inconciente enreda su conciencia distorsionada:

“sintió que la amaba, que todo aquel laborioso y estúpido teatro en el cual él oficiaba como rehabilitador, como redentor de un cuerpo estragado, no había sido otra cosa que el equívoco camino mediante el cual podía encontrarse con la chica ... para susurrarle al oído como lo estaba haciendo ahora, y decirle confusamente que la amaba, que no se preocupara más, que por favor no se pusiera a ..”(46)

El terror de la chica materializado en alaridos, no sólo atrajo violentamente la atención de los parientes y amigos que la acompañaban y, que en ese momento se distraían en el parque, mientras el terapeuta ejercía, sino sirvió de llamado a la conciencia de Carlos trayéndolo a la realidad, y haciéndolo entender que si no desaparecía del lugar en forma instantánea las voces que articulaban “degenerado” se iban a dejar sentir en forma física. Al cabo de algún tiempo Carlos se enteró de la muerte de Marcia: “... se suicidó con unos frascos de medicina, o simplemente, la muerte cumplió con el trabajo inevitable que había comenzado en la chica” (49). Carlos refuerza la idea de la disolución en un contrapunto con Marcia que une desesperanza y engaño, y en un sondeo interior toma conciencia de su naturaleza vulnerable y perecedera, humana: “La vida era un túnel previsible al cabo del cual el también acabaría, como Marcia. Quizá no tan dramática y dolorosamente, pero acabaría: lo único seguro e indefectible de la vida. (49) La disolución de lo personal en Carlos nos lleva no tan sólo a su propio afán de desaparecer en el anonimato, fuga que tanto lo caracteriza a él en la inacción, como caracteriza a toda una sociedad que se narcotiza en la acción para evitar el enfrentamiento consigo mismo, la visión de su propio vacío. Situación a la cual Norberto

Bobbio define como sigue: “La idea del progreso inexorable queda reemplazada por la idea del fracaso inexorable; la seguridad de sí mismo con la inseguridad como esencia del hombre, el cual ya no está empujado por la voluntad racional a superar su propia finitud en el reino infinito de la historia, sino por el cuidado por la realización de su propia finitud”. (47)

En las últimas páginas de la obra, Carlos camina en la noche llevando en sus manos un retrato de Marcia encontrado en una galería de arte:

“Se detuvo, arrimó el retrato junto a un poste, e imaginó que cualquiera que lo encontrase y llevara consigo, pensaría únicamente en la increíble belleza de la muchacha fotografiada, desprovisto de cualquier referencia o pasado, tal como debe ser un retrato casualmente encontrado en plena vía”. (63)

Se puede decir que Carlos llega al entendimiento que nadie podrá llegar a saber lo que la muchacha significó para él, confirmando que la intelección de su vida, de su individualidad, esta vedada a otros; que su vida es una isla y un laberinto al cual la razón no tiene acceso. Por otra parte, ratifica que a nadie, absolutamente a nadie le importa o le puede importar su interioridad, su ser. El individuo está aislado en la muchedumbre. Hay un sentido trágico de lo impersonal representado en estas notas finales de la obra de Cárdenas. Parece llegar a la misma médula de la relación entre el individuo y la sociedad. Una médula que ha perdido su substancia. Es más, ha perdido contacto con la vida: allí, donde ésta debiera vibrar, se evidencia el vacío. Esta visión del mundo trasciende más allá de la miseria de Carlos Estévez. Conciente del sentido de perpetua disolución que conlleva la vida, el texto afirma junto con Heidegger que el hombre puede cerrar sus ojos a la muerte pero no la puede evitar.

Fuentes

Bobbio, Norberto. *El existencialismo: ensayo de interpretación*. Fondo de cultura económica: México. 1949.

Cárdenas, Eliécer. *La incompleta hermosura*. Fondo Editorial. Nueva Editorial, Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”. 1996.

Kaufmann, Walter. *Existencialism from Dostoiewski to Sartre*. Penguin Books: Middlesex, England.